

ACTO TERCERO

Habitación del palacio del conde de Falklend. — A la izquierda un balcón sobre la calle. — Puerta en el foro; dos laterales. — A la izquierda en primer término una mesa, libros, recado de escribir.

ESCENA PRIMERA

CAROLINA, EL BARÓN DE GELER

CAR. Pero, señor barón, ¿qué significa eso? ¿qué hay de nuevo?

GEL. Nada, señorita.

CAR. El conde Estruansé acaba de encerrarse en el gabinete de mi padre: han enviado á buscar al conde de Rantzau. ¿A qué asunto esa reunión extraordinaria? Esta mañana ha habido ya consejo, y luego estos señores se habían de reunir para comer.

GEL. No sé; pero no ocurre nada importante, nada serio... ¡Oh! ¡me hubiesen avisado! mi nuevo destino de secretario del consejo me obliga á asistir á todas las deliberaciones...

CAR. ¡Ah! Por fin os nombraron.

GEL. Esta mañana. Vuestro padre me propuso, y el conde confirmó la elección. De la corte vengo ahora de ver á la condesa... por allí estaban un poco consternados por la algazara de esa gente... se temía todavía

que esos acontecimientos trastornasen el baile de mañana; pero á Dios gracias, no hay nada que temer; y aun me han ocurrido sobre el particular cuatro chanzas bastante felices que lograron la aprobación de la condesa, y que las rió con la mayor amabilidad.

CAR. ¡Ah! ¡las rió!

GEL. Mucho: al mismo tiempo me felicitó por mi nombramiento y por mi boda... sobre esto último me dijo... cosas... (*Sonriéndose con aire fatuo*) que podrían lisonjear algún tanto mi vanidad... si yo la tuviese. (*¡Y quién sabe!*) (*Alto.*) Pero yo no hago alto en eso. Ya estoy metido en los negocios de Estado, trabajos serios á que siempre he tenido una afición loca... sí, señora; porque me veáis generalmente frívolo y superficial, no creáis que no puedo yo tan bien como otro cualquiera... ¡Oh! el arte en esas cosas consiste en hacerlas jugando, como quien no hace nada... llegue yo un día al poder, ¡y ya verán!!!

CAR. ¡Vos al poder!

GEL. Seguramente; á vos puedo deciroslo en

confianza; acaso no tarde en verificarse. Es preciso que la Dinamarca se rejuvenezca... esta es la opinión de Estruansé, de la condesa, de vuestro padre... y si pudiéramos eliminar á ese conde de Rantzau, que no sirve ya para nada, y que conservan aún ahí porque su antigua reputación de hombre hábil impone todavía respeto á las cortes extranjeras... en ese caso se me ha dado ya la palabra formal de entrar en su plaza... ya conocéis, pues, que el conde de Falklend y yo... el suegro y el yerno á la cabeza de los negocios, ya haríamos andar esto de otro modo... Esta mañana, por ejemplo, yo los veía á todos asustados; me daba risa; si me hubieran dejado á mí, yo os respondo de que en un abrir y cerrar de ojos...

CAR. (*Escuchando.*) ¡Silencio!

GEL. ¿Qué es?

CAR. Me había parecido oír gritos confusos á lo lejos.

GEL. Os equivocáis.

CAR. Es posible.

GEL. Alguna disputa... alguna riña en la calle; ¿les queréis privar de ese placer? eso sería una tiranía; de cosas más importantes tenemos que hablar... de nuestra boda, del baile de mañana y de las vistas, que probablemente no estarán acabadas... porque es lo que yo veo de malo en esos motines y conmociones populares, que los artesanos le hacen á uno esperar, y que nada está pronto.

CAR. ¡Ah! ¿no veis más que eso de malo? yo, sin embargo, que me he encontrado esta mañana en medio del tumulto, veía algo más...

GEL. ¿Es posible?

CAR. Sí, señor; y á no haber sido por el valor y la generosidad de Eduardo Burkenstaf, que me ha protegido y escoltado hasta casa...

GEL. Eduardo... ¿y quién le manda meterse?... ¿desde cuándo se ha abrogado el derecho de protegeros? pretensión por cierto más ridícula que la de su padre.

JORGE. (*Sale.*) Una carta para el señor barón.

GEL. ¿De parte de quién?

JORGE. No sé, señor... la ha traído un joven, que se dice militar, y que espera abajo la respuesta.

CAR. Algún parte acerca de lo que pasa.

GEL. Probablemente. (*Leyendo.*) «Tengo una charretera; el señor barón por consiguiente

no puede negarme ya una satisfacción que necesito inmediatamente. Aunque soy el insultado, le cedo la elección de las armas, y le espero á la puerta con pistolas y espadas. *Eduardo Burkenstaf, subteniente del 6.º de infantería.*» (*¡Qué insolencia!*)

CAR. ¿Y bien? ¿Qué hay?

GEL. ¡Nada! (*Al criado.*) Andad con Dios: decidle que más tarde... que veré... (*Alto.*) Le daremos una lección.

CAR. Queréis ocultármele... hay alguna novedad... algún peligro... ¡ah! lo adivino por vuestra turbación.

GEL. ¡Yo! ¿turbado?

CAR. Pues enseñadme esa esquila y os creeré.

GEL. Señora, ¡es imposible!

CAR. (*Volviéndose y viendo á Koller.*) El coronel Koller. Este no será tan reservado, y de él sabré...

ESCENA II

CAROLINA, GELER, KOLLER

CAR. Hablad, coronel, ¿qué hay?

KOLL. Que la insurrección que creíamos ya apaciguada vuelve á empezar con más fuerza que nunca.

CAR. (*A Geler.*) ¿Lo veis? ¿Pues cómo?

KOLL. Acusan á la corte, que había prometido la libertad de Burkenstaf, de haberle hecho desaparecer para no verse obligada á cumplir sus promesas.

GEL. ¡No sería mal golpe!

CAR. ¿Qué decís? (*Corre á la ventana, que abre, y mira á la calle, así como á Geler.*)

KOLL. (*Solo.*) (Entretanto, nos hemos aprovechado de esta coyuntura para sublevar al pueblo. Herman y Gustavo, mis dos emisarios, se han encargado de eso, y espero que la reina-madre estará satisfecha. Ya estamos casi seguros del éxito, sin necesidad de que haya tenido que hacer nada ese maldito conde de Rantzau.)

CAR. Mirad, mirad allá abajo: se aumenta el tropel; ya rodean el palacio; ya han cerrado las puertas. ¡Ah, me da miedo! (*Vuelve á cerrar la ventana.*)

GEL. ¡Eso es inaudito! Y vos, coronel, ¿os estáis ahí?

KOLL. Vengo á tomar las órdenes del consejo, que me ha hecho llamar, y espero.

GEL. Es que debería darse prisa. La condesa se va á asustar... nadie se acuerda de nada... deberían tomarse medidas...

CAR. ¿Y cuáles?
 GEL. (*Turbado.*) Medidas... debe haber medidas... es imposible que no haya medidas...
 CAR. ¿Pero qué medidas? ¿qué haríais vos?
 GEL. (*Fuera de sí.*) ¡Yo! seguramente... pero me cogéis desprevenido. Yo no sé...
 CAR. ¿Pero no acabáis de decir?...
 GEL. ¡Oh! sí... si yo fuera ministro... pero no lo soy... no lo soy todavía... no es cuenta mía, y no se concibe cómo las gentes que están al frente de los negocios... las gentes que deberían gobernar... porque al fin... ¡qué diablo!... uno no puede tomar cartas... Este es mi parecer... y no hay otro... es el único... si yo fuese primer ministro, yo les enseñaría...

ESCENA III

CAROLINA, GELER, RANTZAU, por el foro; KOLLER

GEL. (*Corriendo hacia él.*) ¡Ah! Señor conde, venid á tranquilizar á esta señorita, que está muerta de miedo; por más que le digo que esto no es nada, está conmovida, turbada...
 RANT. (*Friamente y observándole.*) Y por cierto que participáis en gran manera de sus penas; ¡ya se ve! como buen amante. ¡Ah! ¡estáis aquí, coronel!
 KOLL. Vengo á tomar las órdenes de la re-gencia.
 GEL. (*Con viveza.*) ¿Qué se ha decidido en el consejo en dos horas de deliberación? ¿qué ha pasado?
 RANT. (*Con frialdad.*) Han pasado dos horas; se ha hablado mucho; se ha discutido: Estruansé quería entrar en transacciones con el pueblo.
 GEL. (*Con viveza y aprobando.*) ¡Cierto! ¿por qué no le han contentado?
 RANT. El conde de Falklend, que se ha decidido por la energía, quería echar mano de otros argumentos, quería poner en juego la artillería...
 GEL. (*Idem.*) En último resultado ese es el modo de concluir de una vez: no hay otro.
 RANT. Yo he adoptado una opinión que en un principio todos desecharon, y que por fin ha sido aprobada.
 KOLL., CAR. y GEL. ¿Cuál?
 RANT. (*Friamente.*) No hacer nada: y eso es lo que hacen.
 GEL. Pues no van del todo descaminados, por-

que bien mirado, al cabo, cuando el pueblo haya gritado á su sabor...
 RANT. Se cansará.
 GEL. Eso iba yo á decir.
 KOLL. Hará lo que hizo esta mañana.
 RANT. (*Sentándose.*) Sí por cierto...
 GEL. (*Tranquilizándose.*) Eso es... romperán unos cuantos vidrios, y se acabó.
 KOLL. Eso es lo que han hecho ya en todas las casas de los ministros... (*A Geler*) y en la vuestra, barón.
 GEL. ¡Oiga! ¡está bueno!
 RANT. En cuanto á la mía, no tengo cuidado: los desafío á que hagan otro tanto.
 GEL. ¿Por qué?
 RANT. Porque después del último alboroto, no he compuesto un sólo vidrio de los que me rompieron. Yo dije para mi sayo: Así queda, y servirá para la primera...
 CAR. (*Escuchando.*) Parece que se calma el ruido.
 GEL. ¡Ya lo sabía yo! No hay que asustarse por esos clamores... ¿Y qué dice mi tío el ministro de Marina?
 RANT. (*Friamente.*) No le hemos visto. (*Irónicamente.*) Su indisposición, que era muy leve, ha tomado un carácter marcado de gravedad desde que empezaron esos alborotos. Es una fatalidad muy singular: en empezando el motín, ya está en cama. ¡Cómo está tan delicado!...
 GEL. (*Con intención.*) ¿Y vos gazáis de buena salud?
 RANT. (*Sonriéndose.*) Eso es tal vez lo que os incomoda. Hay gentes á quienes pone de mal humor mi salud, y que quisieran verme en los últimos.
 GEL. ¿Quién?
 RANT. (*Sentado y con aire socarrón.*) ¡Eh! por ejemplo, los que piensan heredarme.
 GEL. No falta quien os pudiera heredar en vida.
 RANT. (*Mirándole con calma.*) Señor barón, vos que, en calidad de consejero, conocéis nuestras leyes, ¿habéis leído el artículo 302 del código dinamarqués.
 GEL. No, señor.
 RANT. Me lo figuraba. Dice que no basta que quede declarada una herencia: es menester además ser apto para heredar.
 GEL. ¿Y con quién habla ese axioma?
 RANT. Con los que carecen de aptitud.
 GEL. Caballero, lo decís con un tono... tan remontado...

RANT. (*Levantándose y en el mismo tono.*) Perdonad... ¿Vais mañana al baile de la condesa?
 GEL. (*Irritado.*) Señor conde...
 RANT. ¿Bailaréis con ella?... ¿Dirigís las comparsas?
 GEL. ¡Yo sabré lo que quiere decir esa rechifla!
 RANT. Me acusabais de remontarme demasiado... me he bajado un poco... me he puesto á vuestro nivel.
 GEL. ¡Esto ya es demasiado!
 CAR. (*Junto á la ventana.*) Callad, ¡por Dios! creo que vuelve á empezar el alboroto.
 GEL. (*Espantado.*) ¿Otra vez? ¿no se acabará esto nunca? ¡Esto es insoportable!
 CAR. ¡Dios mío! ¡Todo está perdido!... ¡Ah! ¡mi padre!

ESCENA IV

KOLLER, en un extremo del teatro á la izquierda; GELER, CAROLINA, FALKLEND; RANTZAU, en el otro extremo á la derecha.

FAL. ¡Tranquilizaos! Esos gritos que se oyen á lo lejos nada tienen ya de alarmantes.
 GEL. ¡Ya lo dije yo!... ¡eso no podía durar!
 CAR. ¿Se ha concluido ya todo?
 FAL. No enteramente; pero va mejor.
 RANT. y KOLL. (*Cada uno y con desagrado.*) ¡Malol!...
 FAL. Por más que se le decía á la muchedumbre que nadie había atentado á la libertad de Burkenstaf, y que él mismo acaso, por prudencia ó por modestia, habría querido evadirse del triunfo que se le preparaba...
 RANT. ¡Oh! en momentos como estos no era verosímil.
 FAL. No digo que no; así que, hubiera costado probablemente mucho trabajo convencer á sus parciales, si no hubiera llegado casualmente un regimiento de infantería, con el cual no contábamos, y que de paso para su nueva guarnición atravesaba Copenhague tambor batiente y á banderas desplegadas. Su presencia inesperada ha cambiado la disposición de los ánimos; hemos empezado á entendernos, y, mediante las repetidas promesas que se han hecho de emplear todos los esfuerzos posibles para descubrir el paradero de Berton Burkenstaf, cada cual se ha retirado á su casa, excepto algunos individuos que parecían más empeñados que los demás en excitar y prolongar el desorden.

KOLL. ¡Los nuestros!
 FAL. Pero nos hemos apoderado de ellos.
 KOLL. ¡Cielos!
 FAL. Y como ahora estamos ya en el caso de dar un corte decisivo...
 GEL. Eso es lo que yo estoy diciendo toda la mañana.
 FAL. Como no es cosa de que semejantes escenas se reproduzcan á cada momento, estamos decididos á tomar medidas serias.
 RANT. ¿Y quiénes son los arrestados?
 FAL. Gente oscura y desconocida.
 KOLL. ¿Se saben sus nombres?
 FAL. Herman y Gustavo.
 KOLL. ¡Habría torpes!
 FAL. Fácil es conocer que esos miserables no obraban por inspiración propia; habían recibido instrucciones y dinero; y lo que nos importa saber ahora es la calidad de las personas que los ponen en juego.
 RANT. (*Mirando á Koller.*) ¿Pero los nombrarán?
 FAL. ¿Quién lo duda? su perdón si cantan; y fusilados si callan. (*A Rantzau.*) Vengo precisamente á buscaros para proceder á su interrogatorio, y que descubramos por este medio el núcleo de un complot.
 KOLL. (*Llegándose á Falklend.*) Del cual creo tener cogidos ya algunos cabos.
 FAL. ¿Vos, Koller?
 KOLL. Sí. (No hay otro medio de salvarme.)
 RANT. ¿Y por qué no nos habéis comunicado antes vuestras luces en la materia?
 KOLL. Hasta hoy no tenía ningún dato seguro; pero me he apresurado á venir. Esperaba á que se concluyese el consejo para hablar al conde Estruansé, pero puesto que vuestras excelencias están aquí...
 FAL. Bien, estamos dispuestos á oiros.
 CAR. Me retiro, señor.
 FAL. Sí, por un instante.
 CAR. Señores... (*Saluda y sale por la izquierda: Geler le da la mano y hace ademán de salir por el foro.*)

ESCENA V

KOLLER, GELER, FALKLEND, RANTZAU

FAL. (*A Geler.*) Quedaos, querido; como secretario que sois del consejo, tenéis derecho de asistir á esta conferencia.
 RANT. (*Con gravedad.*) En la cual vuestras luces y vuestra experiencia pueden sernos de grande utilidad. (*Mirando á Koller.*)

(Nuestro hombre está apurado; no le perdamos de vista, y procuremos que salga del paso, sin comprometer á la reina madre, ni á otros amigos que acaso puedan ser útiles todavía.) (*Mientras ha dicho esto, Geler y Falklend han tomado sillas y se han sentado á la derecha de la escena.*)

FAL. Hablad, coronel; comunicadnos esos datos que poseéis, y que después pondremos en conocimiento del consejo.

KOLL. (*Buscando palabras.*) Hacía tiempo ya, señores, que yo sospechaba contra los miembros de la regencia la existencia de un complot, que varios indicios me hacían presumir, pero del cual no podía conseguir prueba ninguna positiva y determinante. Para conseguirlo, he procurado granjearme la confianza de algunos de sus jefes; me he quejado, he manifestado descontento, hasta he dejado traslucir que no estaba muy ajeno de conspirar: más, les he propuesto medios, los he animado...

GEL. Eso se llama sutileza.

RANT. (*Fríamente.*) Sí, se puede llamar así, si se quiere.

KOLL. (*A Falklend.*) Mi industria consiguió el objeto que deseaba, porque esta mañana misma han venido á proponerme que entre en un complot que debe verificarse esta noche, en la comida que dais á los ministros, vuestros colegas.

GEL. ¡Hola!

KOLL. Los conjurados deben introducirse en el palacio con diversos disfraces, y, penetrando en el comedor, apoderarse de cuanto encuentren.

FAL. ¿Es posible?

GEL. Hasta de los que no son ministros... ¡qué horror! (*A Rantzau.*) ¿Y no os estremecéis?

RANT. (*Fríamente.*) Todavía no. (*A Koller.*) ¿Estáis seguro, coronel, de lo que contáis?

KOLL. Estoy seguro... es decir, estoy seguro de que me lo han propuesto, y me apresuraba á preveniros.

RANT. (*Ayudándole.*) Bien, pero no conocéis á los que os han hecho esas proposiciones.

KOLL. Sí por cierto; Herman y Gustavo, los mismos que acaban de prender... y no dejarán de disculparse, y de acusarme; pero... felizmente... tengo pruebas aquí; esta lista, escrita y dictada por ellos.

FAL. (*Arrebatándosela.*) La lista de los conjurados... (*La recorre.*)

RANT. (*Con compasión.*) (He ahí; honrados conspiradores sin duda, ¡pobres gentes! Fíaos luego de canalla como éste, que al primer riesgo os venden para salvarse.)

FAL. (*Entregándole la lista.*) Mirad... ¿qué decís?

RANT. Digo que en todo eso no veo todavía nada de positivo. Cualquiera puede hacer una lista de conjurados; eso no prueba que haya una conspiración. Es preciso además un objeto, un jefe.

FAL. ¿Pero no veis que ese jefe es la reina madre, es María Julia?

RANT. No hay nada que lo demuestre, á no ser que el coronel... (*Con intención*), tenga pruebas... positivas... personales...

KOLL. No, señor.

RANT. (No es poca fortuna; esta es la primera vez que este imbécil me ha entendido.)

GEL. ¡Oh! entonces el trance es muy delicado.

RANT. ¡Sin duda! (*Enseñando la lista.*) Aquí hay personas distinguidas, gente de alta categoría... Se les ha de condenar ciegamente, sólo porque se les ha antojado á los señores Herman y Gustavo hacer una confianza al coronel Koller. Confianza por otra parte muy bien colocada. En fin, el señor barón, que está versado en las leyes, os dirá como yo que (*marcadamente*), donde no hay principio de ejecución, no hay reo.

GEL. ¡Cierto!

FAL. (*Se levanta y Rantzau también.*) Bueno, pero dejémosle ejecutar su complot... que no se trasluzca nada, coronel, de la comunicación que acabáis de hacernos, no se altere nada en el orden de la comida; que se verifique por el contrario; ténganse soldados ocultos en el palacio, cuyas puertas permanecerán abiertas.

RANT. ¡Gracias á Dios! ¡qué trabajo cuesta inspirarles ideas!

FAL. Y en cuanto se presente un conjurado, que se le deje entrar, y es nuestro. Su presencia sola en mi casa á semejantes horas y las armas que traiga serán pruebas irrecusables.

RANT. Enhorabuena.

GEL. Comprendo... pero, ¿y si no viniesen?

RANT. Sería señal de que habían engañado al coronel; no habría tal conjuración ni tales conjurados.

FAL. Eso lo veremos. (*Se dirige á la mesa de la izquierda y escribe, mientras Koller se separa y se mantiene en medio en el fondo.*)

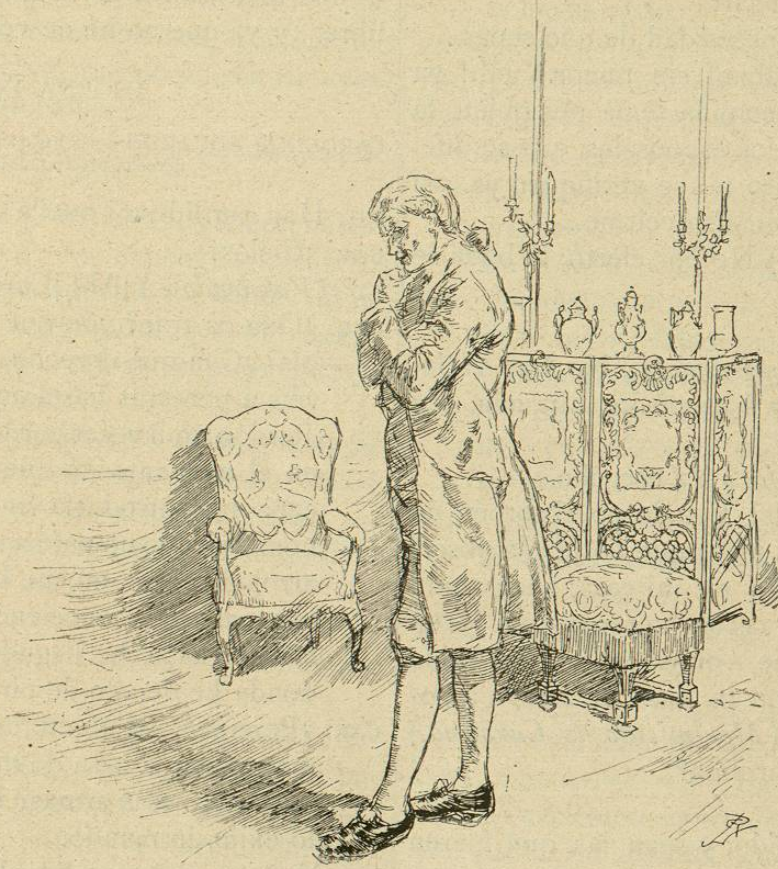
RANT. (Y no la habrá; prevengamos á la reina madre para que se estén todos en su casa. ¡Otra conspiración abortada!) (*Mirando á Koller.*) ¡El los vende y yo los salvo.) (*Alto.*) Señores, os saludo, me vuelvo á ver á Estruansé.

FAL. (*A Geler.*) Esa orden para el gobernador. (*A Rantzau.*) Volvéis, supongo.

RANT. Por supuesto; en el caso presente no puedo comer ya sino en vuestra casa; es lance de honor; voy únicamente á dar cuenta á su excelencia de la bella conducta del coronel Koller, porque al cabo si no cogemos á esas gentes, no será culpa suya... él ha hecho cuanto estaba de su parte, y se le debe un premio.

FAL. Y lo obtendrá.

RANT. (*Con intención.*) O no hay justicia en la tierra... yo me encargo de eso.



KOLL. (*Inclinándose.*) Señor conde... estoy agradecidísimo...

RANT. (*Con desprecio.*) Sí, tal vez debierais es-tármelo, pero os dispenso... (*Vase.*)

KOLL. ¡Maldito! nunca sabe uno si este hombre es amigo ó enemigo... (*Saludando.*) Señores...

GEL. Os sigo, coronel... (*A Falklend.*) Con que esta orden al gobernador... y corro á contar á la condesa lo que hemos decidido y lo que hemos hecho. (*Vase con Koller por el foro.*)

ESCENA VI

FALKLEND, riéndose con satisfacción

Todas estas gentes son débiles, indecisas,

ESCENA VII

CAROLINA, saliendo por la izquierda; FALKLEND

CAR. ¿Bajáis al salón, padre mío?

FAL. Sí, al momento.

CAR. Bien; porque no tardarán en venir los convidados, y me cuesta tanto trabajo ha-